

EDGAR ALLAN POE

La ardua tarea de ilustrar el miedo

por Núria Obiols Suari*

Como bien dice el título, ilustrar el miedo no es fácil, porque se trata de un sentimiento escurridizo, caprichoso, subjetivo, que engendra particulares visiones mentales. Aun así, la obra de Poe, sobre todo los cuentos de misterio y terror, han tenido un buen reflejo en las imágenes creadas por artistas de la talla de Doré, Rackham, Beardsley, Segrelles, Gabán o Gatagán. Todos han sabido reinterpretar al maestro en estilos muy distintos y épocas diferentes, pero todos han conseguido lo que finalmente Poe pretendía con sus obras: sobrecoger al lector, ponerle los pelos de punta.



GUSTAVE DORÉ, EL CUERVO, EDIVAL, 1978.

Edgar Allan Poe posee, entre otros muchos méritos, el de haber hecho posible narrativamente hablando que el tránsito de la cordura a la locura fuera algo inevitable, natural, casi lógico. Logró también describir el horror con gran generosidad de detalles pero, al mismo tiempo, con elegancia y *savoir-faire*. Y también fue capaz de angustiar al lector, arrebatándole de una lectura plácida, para trasladarlo a un punzante estado de inquietud.

Pensamos que los ilustradores que materializaron en imágenes sus historias sintonizaron notablemente con estas cualidades, pero sobre todo en lo tocante a este último aspecto: la imagen puede inquietarnos tanto como nos inquietan los relatos del famoso autor. Agradablemente sorprendidos por ello, también descubrimos que Poe fue un autor cuantitativa y cualitativamente bien ilustrado.

Pero pasemos a ver con detalle qué hizo cada quien desde mediados del XIX, época en la que Gustave Doré mostró un cuervo particular, hasta 1998 en que James Prunier alimentó de color las sórdidas y oscuras historias de Poe.

Así pues, hemos seguido, con algunas excepciones, un orden cronológico para contar, mostrar, explicar el imaginario particular de Edgar Allan Poe.

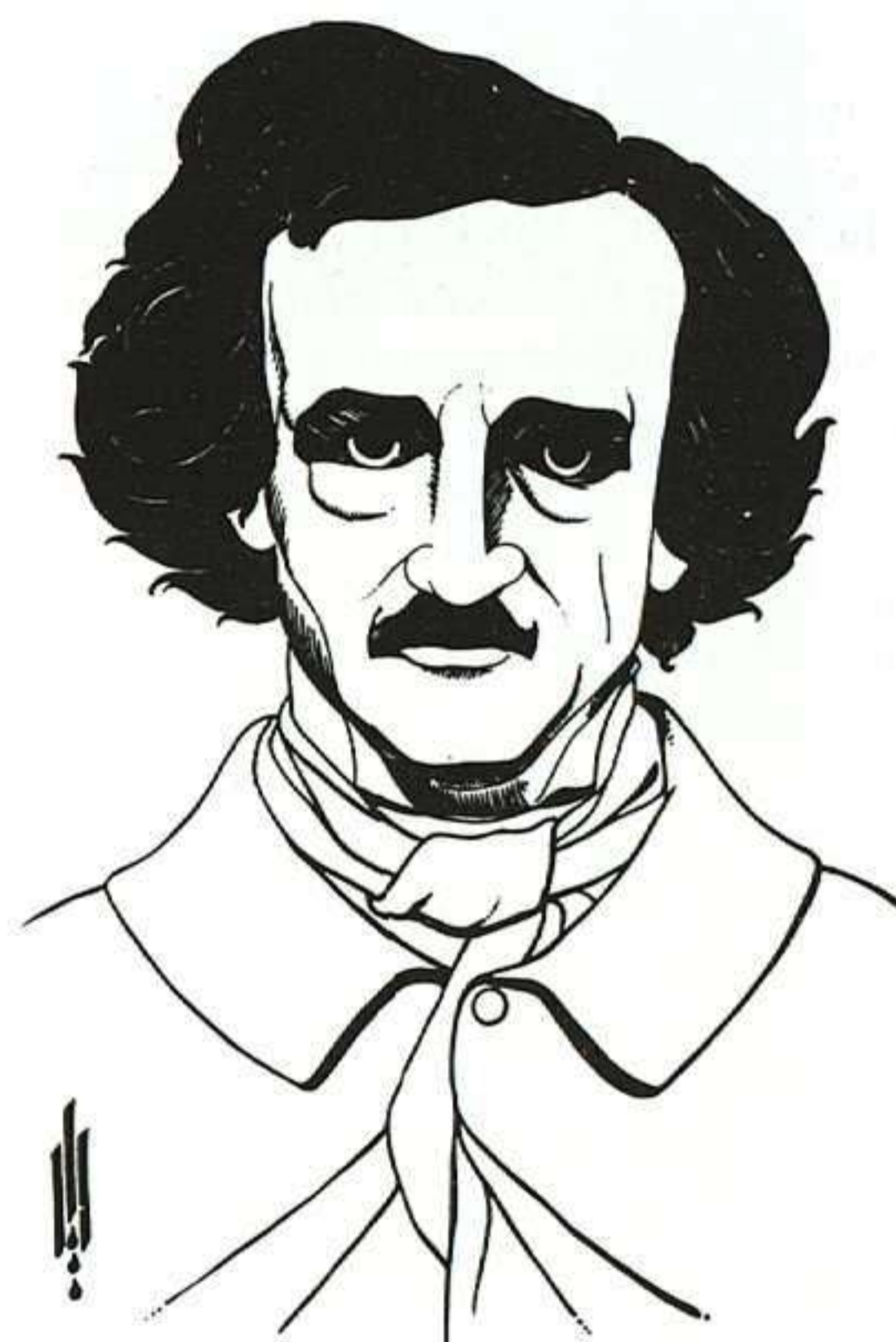
Imágenes excepcionales para la poesía

El trabajo poético de Edgar Allan Poe puede considerarse acompañado de una ilustración verdaderamente excepcional. De hecho, su poesía también fue extraordinaria, misteriosa, coqueta con la muerte y el dolor. Y quizá por ello, los ilustradores, sensibles a estas características, depositaron en ella imágenes para recordar.

En primer lugar, el adorado e idolatrado Gustave Doré (1832-1883) fue ilustrador de *El cuervo*. Y esto son palabras mayores. Desgraciadamente, desconocemos si fueron las primeras ilustraciones que acompañaron al cuento en 1845 o bien si la obra de Doré llegó un poco más tarde. Pero lamentamos más todavía no saber qué pensó el artista cuando leyó el emblemático poema. A juzgar por las ilustraciones, sospechamos que le



EDOUARD MANET, THE RAVEN, CHANCELLOR PRESS, 1996.



AUBREY BEARDSLEY, THE COMPLETE ILLUSTRATED WORKS OF EDGAR ALLAN POE, CHANCELLOR PRESS, 1996.



ARTHUR RACKHAM, ELS ASSASSINATS DE LA RUE MORGUE, BARCANOVA, 1991.



F. R. PICKERSGILL, «ELDORADO» EN THE COMPLETE ILLUSTRATED WORKS OF E.A. POE, CHANCELLOR PRESS, 1996.

encantó. Que encontró, como en otras obras suyas, un refugio para expresar la muerte y, sobre todo hacer sentir indefensión y pavor al lector.

Espectacular como de costumbre, como en todas sus obras, Doré nos redondea el contenido de *El cuervo*. Poe ya lo había hecho, pero el artista quiso explicar más, añadir más detalles a la obra que, sin duda alguna, es capaz de sedu-

cir, de atrapar la atención, erizar el pelo del lector y, de vez en cuando, hacerle levantar la vista para comprobar si efectivamente está solo en la habitación.

Mirar las ilustraciones de Doré bajo la luz de una vela bien podría convertirse en una experiencia dura. A juzgar por lo que vemos, Doré sabía muy bien qué era el miedo y qué visiones puede crear la mente en ese estado de tensión.

En un estilo completamente distinto, encontramos una grata sorpresa. Edouard Manet (1832-1883) también ilustró *El Cuervo*, en 1875, con cuatro litografías. Este amante de la sensación creó una verdadera «sinfonía en negro» tal y como ha sido considerado su trabajo para este poema.¹ La calidad es muy destacable por los claroscuros que otorga a la obra. Pero lamentablemente el libro fue un fracaso comercial en su momento, sobre todo por la hostilidad generalizada que existía en ese momento hacia el movimiento artístico del Impresionismo.

Y en 1858 apareció la publicación del trabajo poético de Poe acompañado de grabados realizados por diversos artistas. Jasper F. Crospey (1823-1900), Birket Foster (1825-1899) y F.R. Pickersgill

(1820-1900) habían realizado unos grabados de corte realista y elaborados con gran detalle que encajaron perfectamente en la obra poética de Poe. De ellos hemos seleccionado el grabado realizado por F.R. Pickersgill que muestra ese galante caballero del poema *Eldorado*.

Beardsley y sus admiradores

Aubrey Beardsley (1872-1898) fue un genio de su tiempo y eso, sin lugar a dudas, es una de esas verdades en las que no es necesario insistir demasiado. La aportación de este dibujante, ilustrador, cartelista y autor inglés, fue extraordinaria, si tenemos en cuenta que el destino no le dio precisamente una larga vida. Y

las ilustraciones que realizó para los cuentos de Poe, entre 1894 y 1895, fueron, sin lugar a dudas, una de sus obras más representativas.

La línea de Beardsley, pura, simple, acertada, aglutina en dichos cuentos la síntesis y la recreación. Una de las imágenes en la que mejor se puede observar esta cuestión es en el retrato que realizó del autor. En él, el blanco y el negro se buscaron, se encontraron y reconciliaron. Éste era un recurso habitual del artista y, quizá por ello, cuando se miran las imágenes de Beardsley, se percibe una extraña serenidad posiblemente generada por el trazo seguro y nítido y por el contraste entre el blanco y el negro.

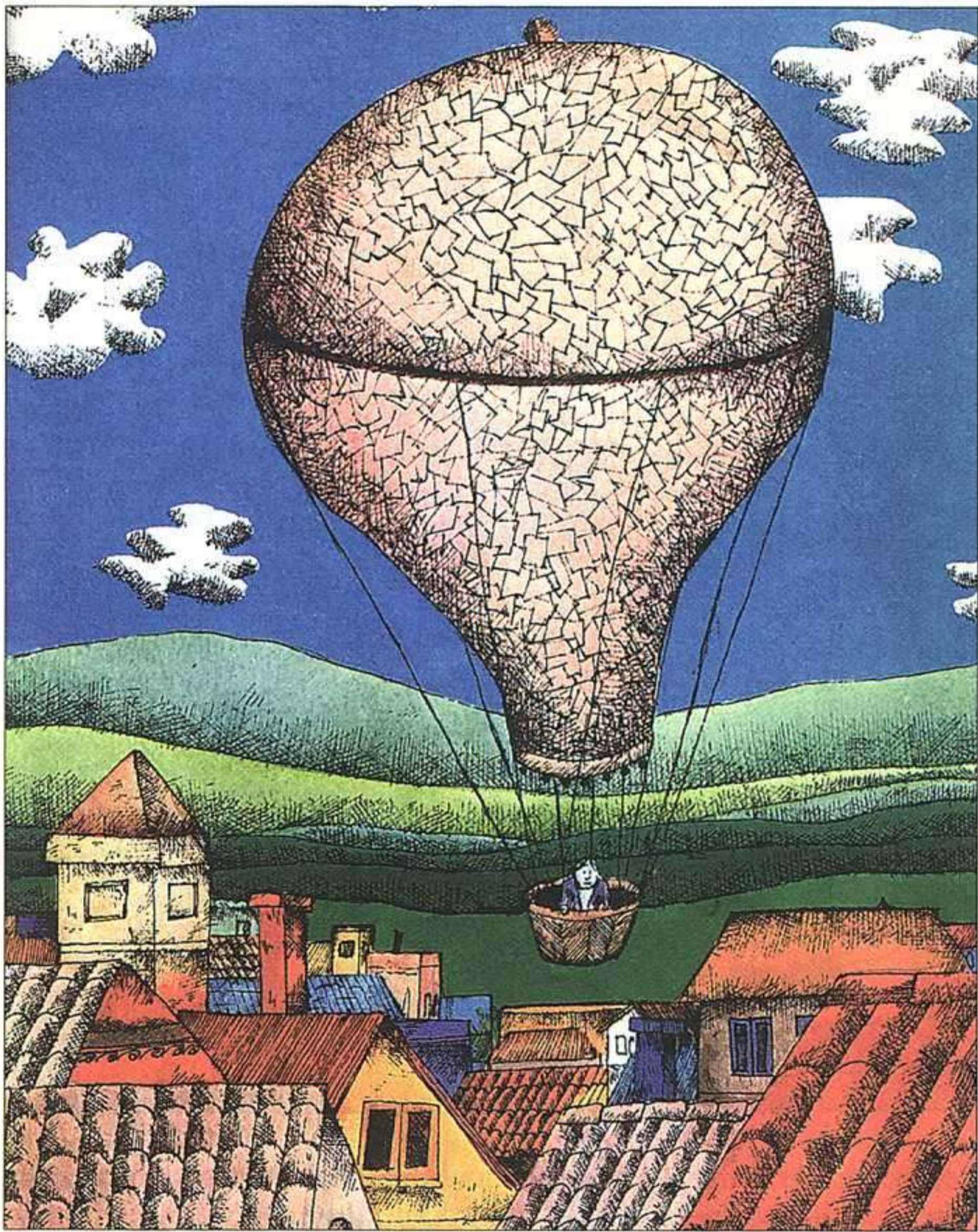
Como decíamos, Beardsley fue un genio en su tiempo que marcó época y que



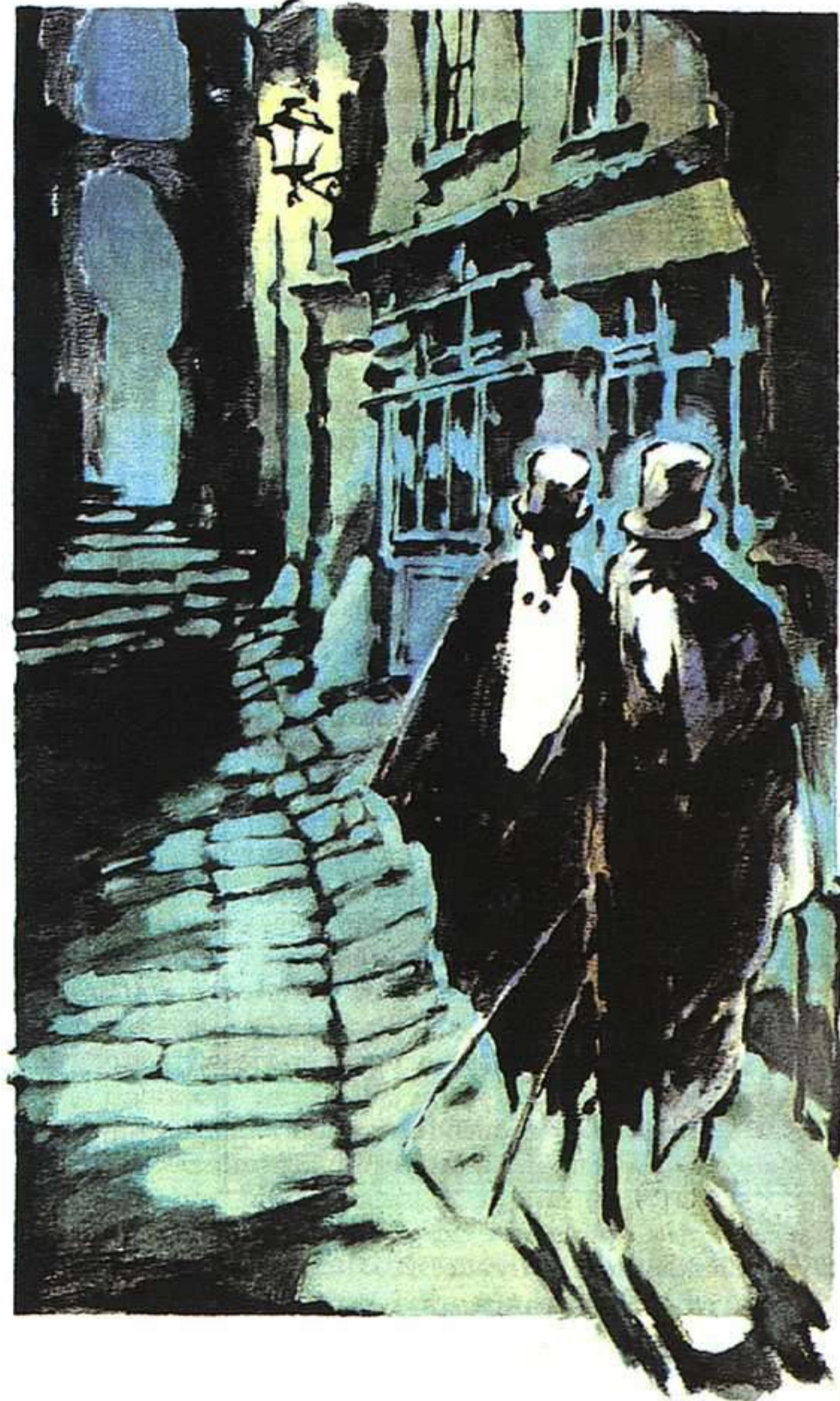
JAMES PRUNIER, EL ESCARABAJO DE ORO Y OTROS CUENTOS, SM, 1998.



JAVIER SERRANO, «EL GATO NEGRO» EN EL ESCARABAJO DE ORO Y LOS CRIMENES DE LA CALLE MORGUE, VICENS VIVES, 1997.



HIERONIMUS FROMM, EL HOMBRE QUE VIAJÓ A LA LUNA, CÍRCULO DE LECTORES, 1981.



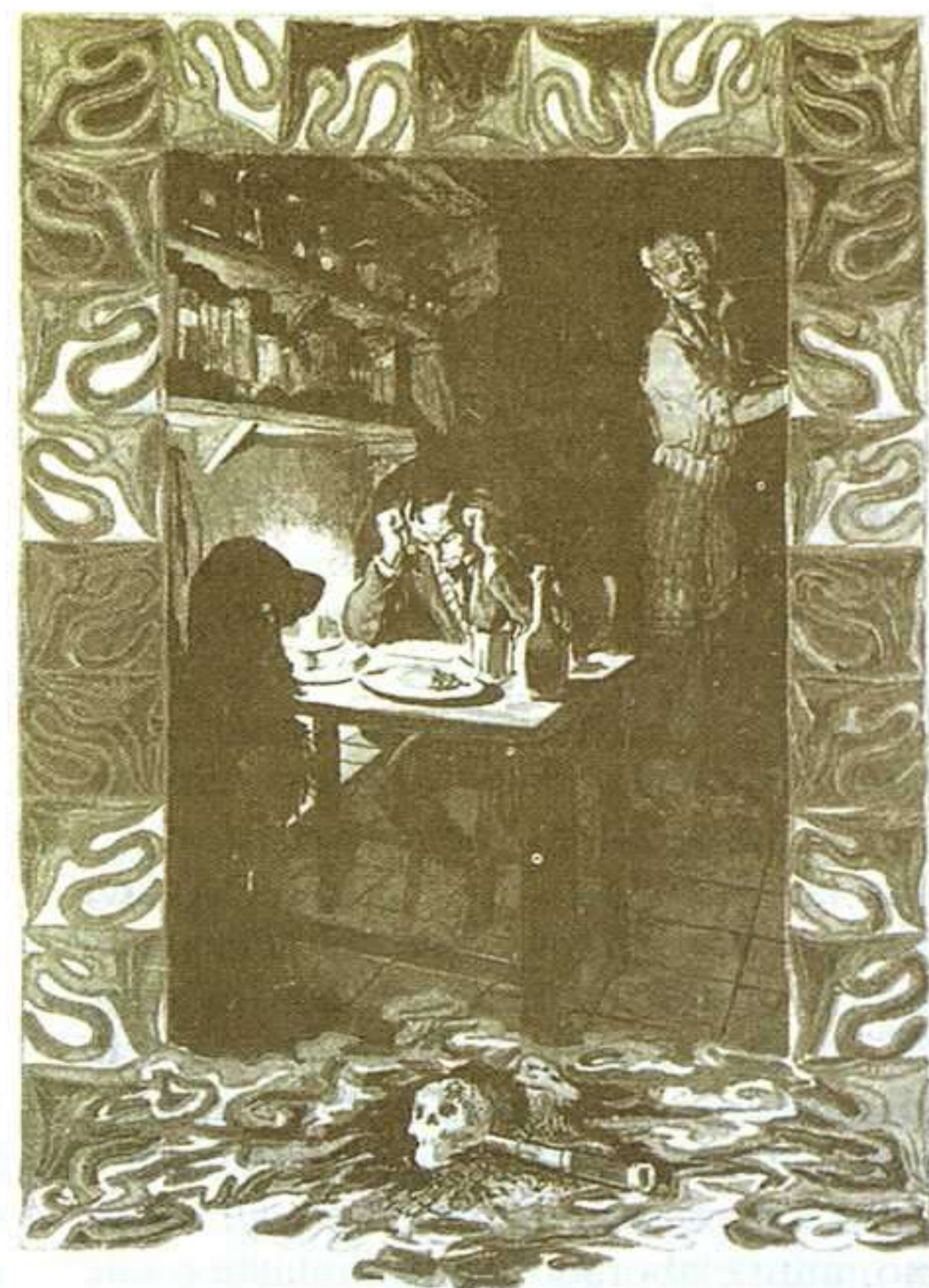
TINO GATAGÁN, EL ESCARBAJO DE ORO Y LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE, VICENS VIVES, 1997.



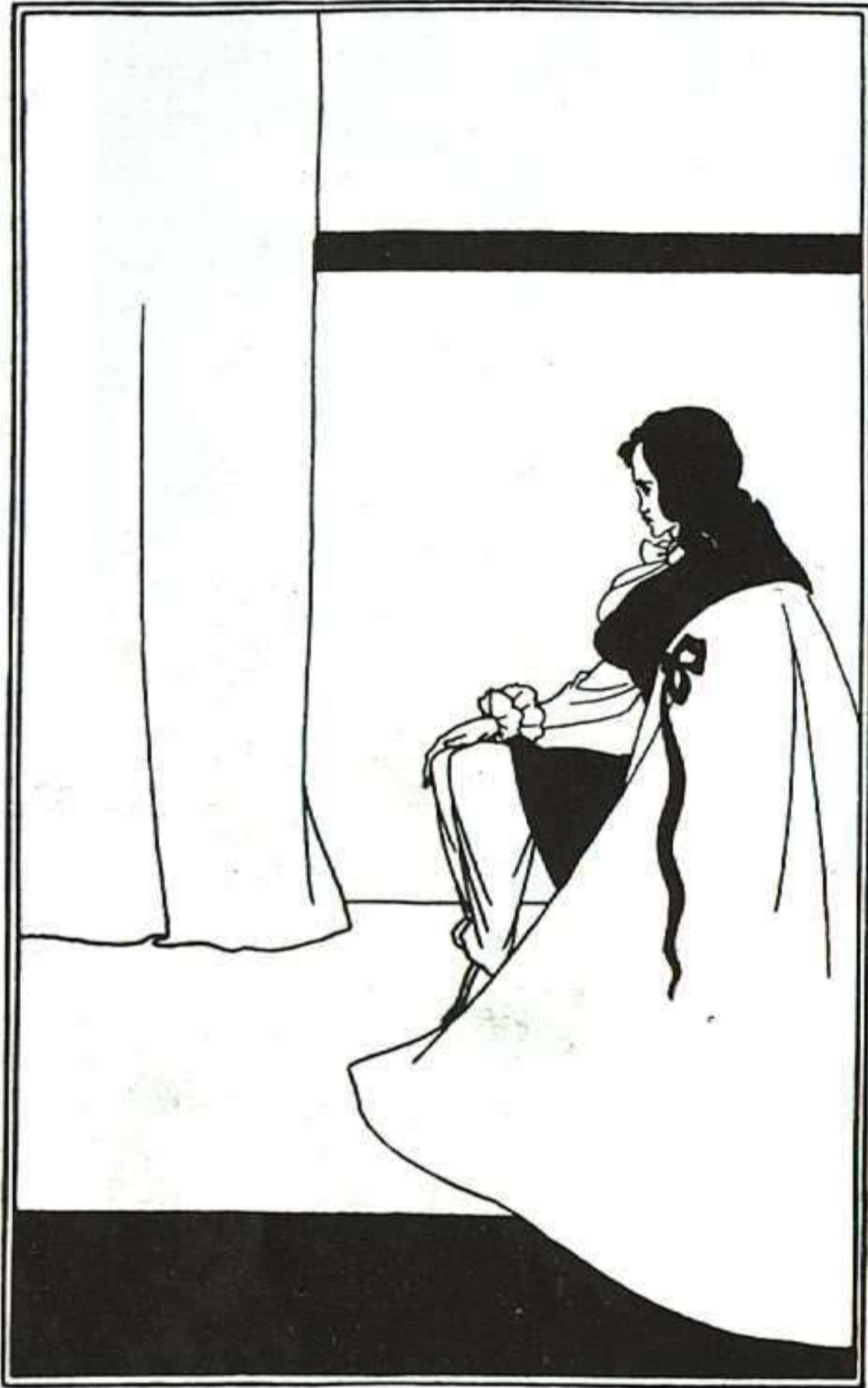
SEGRELLES, CUENTOS DE EDGAR ALLAN POE, ARAUZE, 1937.



JAME'S PRUNIER, EL ESCARBAJO DE ORO Y OTROS CUENTOS, SM, 1998.



GEORGES ROCHEGROSSE, EL ESCARBAJO DE ORO, ANAYA, 1981.



AUBREY BEARDSLEY, THE FALL OF THE HOUSE OF USHER, CHANCELLOR PRESS, 1996.



NICOLE CLAVELIUX, LOS ASESINATOS DE LA CALLE MORGUE, AITEA, 1986.

influenció tremendamente a otros artistas como Arthur Rackham, que lo integró en su repertorio particular y Harry Clarke, que se aferró más a su estilo.

Y fue, precisamente, Arthur Rackham (1867-1939) otro de los artistas que se deleitó en la creación de las imágenes para los relatos de Edgar Allan Poe. Y si los cuentos de Poe contienen misterio y embrujo, las ilustraciones del maestro Rackham contribuyen a que éstas engorden en dichas cualidades.

Cuando ya era un respetable anciano (1935), a la edad de 68 años, Rackham ilustró algunos de los cuentos de misterio en color y también en blanco y negro. Y en las dos variedades técnicas y cromáticas, el artista acertó tanto en el inigualable dibujo de los personajes, como en la de los contextos que enmarcan la acción de los mismos. Cuando se miran las ilustraciones de Rackham, uno tiene la seguridad de que los personajes existen, no sabemos dónde, pero existen. Y esa seguridad viene dada por el gran dominio del artista para darles vida a través tanto del aspecto general, indumentaria o expresión facial, como del entorno, muy elaborado y, por fantástico que

sea, también totalmente creíble. Ángel Domínguez dijo, en un artículo sobre este ilustrador,² que Rackham vivió cada acuarela que pintó. Y será por eso que, según un amigo del gran artista británico, Rackham puso tanto empeño en que las ilustraciones que realizaba para los relatos de Poe fueran lo más espeluznantes posibles, que llegó a asustarse él mismo.³

Otro gran admirador de Beardsley, Harry Clarke, se ocupó también de ilustrar los famosos relatos de misterio de Poe, en 1919. Además de tratarse de un gran dibujante, supo captar lo mejor de su ídolo, en cuanto a los magistrales efectos técnicos y decorativos. Quizá por ello su obra tenga un magnetismo particular que no nos deja apartar la vista fácilmente y nos obliga a regresar varias veces para indagar lo que no estamos seguros de haber visto.

Por otra parte, Georges Rochegrosse, ilustró a Poe en 1926. Es frecuente encontrar compilaciones de diversos relatos del autor con las ilustraciones de Beardsley, Rackham, Clarke y Rochegrosse, que trabajaron en épocas distintas. Cada uno en su estilo, desde sus ga-

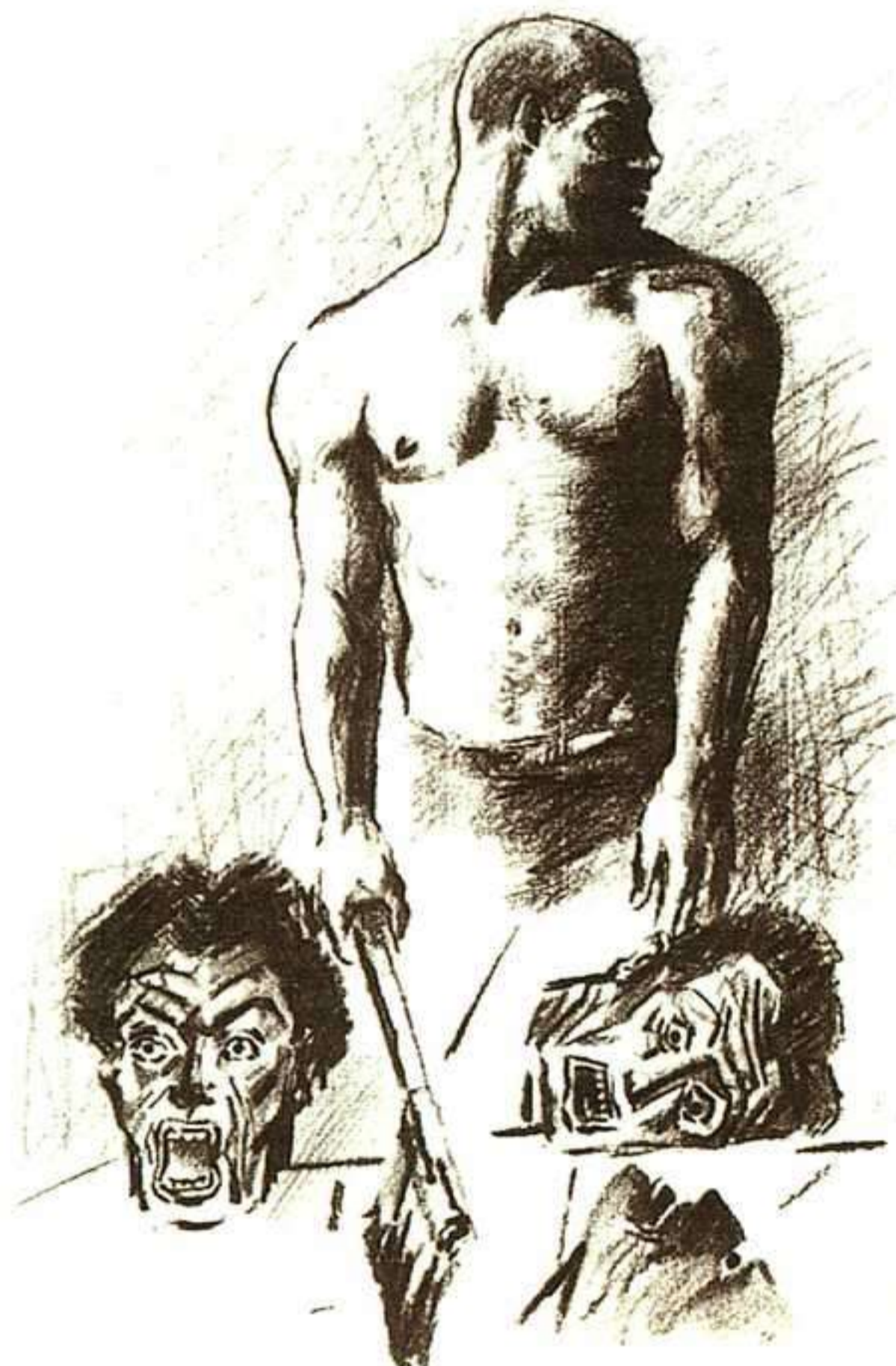
fas particulares, vieron cosas diversas en el contenido de los cuentos. Y, en consecuencia, cada uno de ellos nutrió a los mismos de una manera particular. En el caso de Rochegrosse, podemos observar que, al igual que los demás, se trataba de un gran dibujante. Uno de aquellos ilustradores que sabía manejar muy bien un lápiz sabio que le obedecía en todo. Además de esta habilidad, también supo comprender perfectamente qué tipo de ambientación requerían las historias que estaba ilustrando. Y, en último lugar, otorgó su toque de gracia con unos encuadres decorados que aumentan la trascendencia, la solemnidad, de las distintas escenas presentadas, tal y como podemos observar en su visión particular de *El escarabajo de oro*.

Tiempos modernos y variopintos

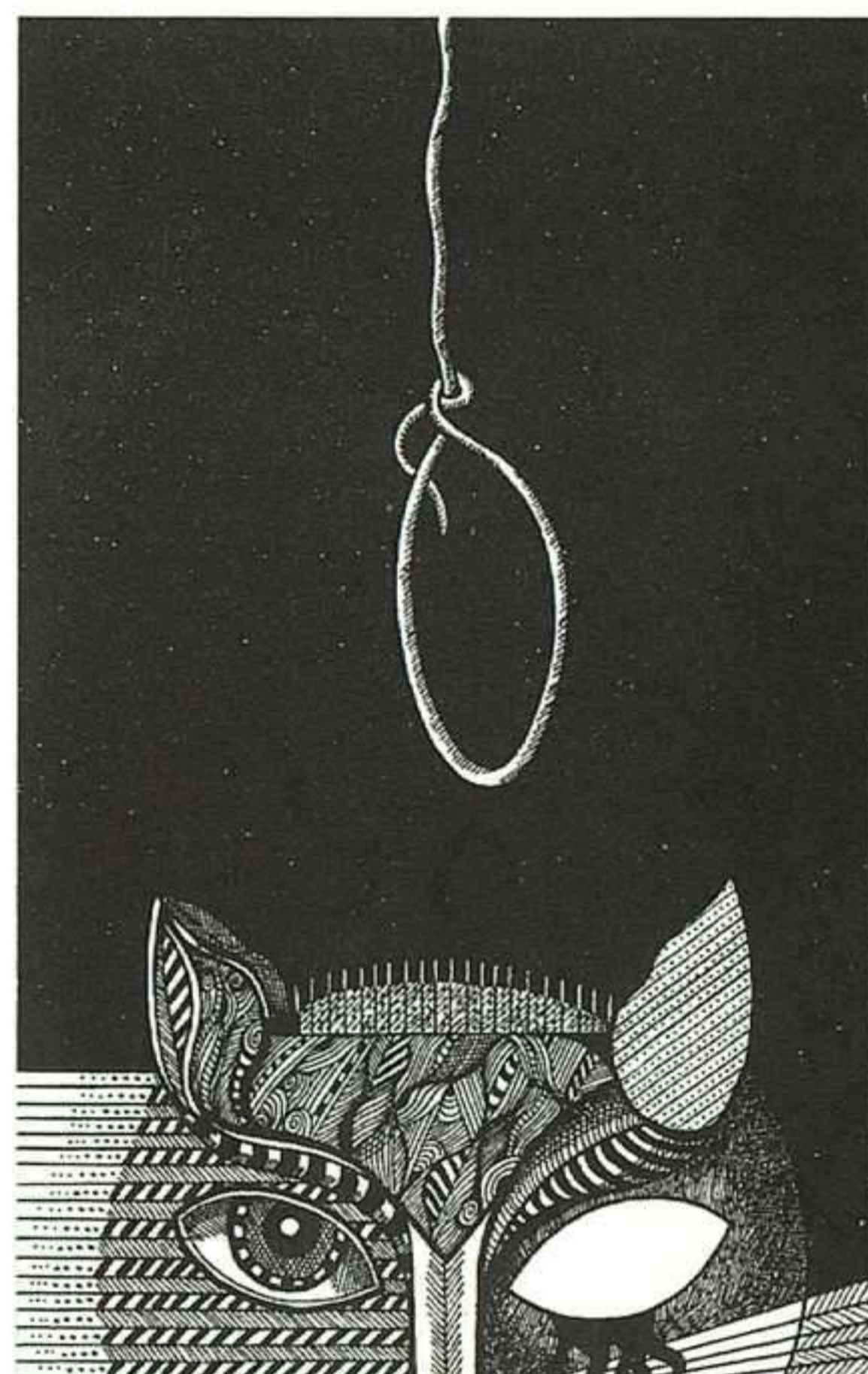
En 1975, Carol Owen realizó unas ilustraciones de corte realista, nítidas y sostenidas por la técnica del lápiz que muestra unos claroscuros relativamente interesantes. Todas las que hizo fueron



JOSEP UCLÉS, L'ESCARBAT D'OR, LA MAGRANA, 1982.



JULIO GUTIÉRREZ MAS, LA NARRACIÓN DE A. GORDON PYM, ANAYA, 1982.



KIM DOMENE, EL GAT NEGRE I ALTRES RELATS, EDICIONES JUAN GRANICA, 1984.

para los cuentos de misterio y, aunque sin ánimo de despreciarlas, consideramos que, en el universo del Poe ilustrado, hay cosas más interesantes. Por ejemplo, seis años más tarde llega una adaptación de Poe al público más pequeño. Se trata de una obra titulada *El hombre que viajó a la Luna* y que ilustró, de forma notable, Hieronimus Fromm en 1981. Es un cuento en formato de álbum ilustrado que está inscrito en una colección que pretendía acercar a los autores más reconocidos al público infantil. Una ilustración de color vigoroso y con reminiscencias *naïf* e, incluso, en algunas de las ilustraciones, fauvistas. Todo ello junto con las tramas utilizadas en la ilustración, contribuye a que el álbum adquiera cierta seriedad. Es decir, como si el público al que va dirigido fuera más maduro de lo que en realidad es por su edad.

El mismo año, pero con un registro completamente distinto, Nicole Claveloux (1940) se sumergió en los asesinatos de la calle Morgue y se atrevió, osó mostrar al feroz y veloz orangután que con tanto celo el autor nos había reservado para el desenlace. Claveloux no sa-

lió nada mal parada del trance y, de hecho, su dedicación profesional al cómic de prensa es apreciable tanto en los planos, como en las tramas y sombras de unas contundentes ilustraciones. Quizá lamentamos que haya tantas imágenes del primate asesino, ya que si por aquellos azares, al lector curioso le da por mirar santos antes que letras, no podrá disfrutar demasiado de la lógica que termina por desenmascarar al insólito asesino.

Y en nuestro país, unos cuantos ilustradores también se recrearon en el miedo narrativo de Poe. Uno de ellos fue Josep Uclés que en 1982, tinta en mano, optó por la línea abstracta, que podríamos considerar más pictórica que ilustrativa. Consigue velocidad, confusión y angustia para una obra, como es *El escarabajo de oro*, que buscó generar en el lector sentimientos ambiguos sobre ese bichejo contundente y misterioso. Quizá las ilustraciones de Uclés no sean del gusto de todos, es posible que incluso sólo gusten a una minoría, pero pensamos que su trabajo es acertado. Por un lado, porque están muy bien resueltas las imágenes en

cuanto a trazo y composición y, por otro, porque siempre es grato constatar que las propuestas artísticas sobre una misma obra pueden ser de lo más variadas.

En el mismo año, pero sin nada que ver ni en estilo ni en técnica —a lápiz y de corte realista—, Julio Gutiérrez Mas ilustró *La narración de A. Gordon Pym*. Unas imágenes nítidas, precisas y acertadas que acompañaron a esta única novela de Edgar Allan Poe.

Poco tiempo después, Kim Domene volvió a romper esquemas con algo verdaderamente sugerente, excelente en la línea y tremendamente hábil con los planos en *El gato negro y otros cuentos*. Pensamos que fue una buena apuesta proponerle a este ilustrador la posibilidad de mostrarnos su visión de las historias. En algunos casos sugiere, en otros explicita y, en la mayoría, recrea con gran habilidad los laberínticos y tensos pasajes de los relatos. Apreciamos especialmente su trabajo en *El gato negro*. Ese desdichado felino que, como sospechamos desde el inicio, nos saldrá por el lugar menos pensado. Y Domene contribuye con su trabajo a

que sobre el gato recaiga una mayor aureola de misterio.

Xavier Grau, por otra parte, en 1984, realizó un curioso trabajo para cinco cuentos de Poe. La habilidad en el uso de las tramas, de la línea y de la atmósfera nos haría pensar inmediatamente, si desconociéramos la identidad del autor, que se trata de un artista británico. Para ser exactos, uno de aquellos famosos caricaturistas representantes del genuino humor inglés. Grau captó perfectamente la expresión facial de los personajes y pensamos que, junto al buen dominio de la técnica, ello le permitió dar un toque oportunamente acertado a la obra.

Alfons Godoy, en 1986, ilustró *Descens al Maelström i altres relats*, con una línea realista que consigue cumplir el propósito de mostrar unas cuantas

imágenes, propias de cómic, que contribuyen a hacer de la lectura y la observación de las imágenes, un paseo literario entretenido.

Un quinteto a color

En realidad deberíamos decir que fue un sexteto a color, porque hay que incluir a Rackham que, en su momento realizó ilustraciones a color de los cuentos de Poe. Pero de él ya hemos hablado antes, cuando le tocaba, junto a sus naturales acompañantes. Es decir, Beardsley como artista al que admiró, y Clarke y Rochegrosse, juntos forman un equipo de lujo en algunas compilaciones de la obra de Poe. Y, por otra parte, nos ha parecido que éste no era su lugar, ya que

aquí nos ocuparemos sólo de aquellos artistas que concretaron la obra de Poe completamente a color. Ellos son cuatro españoles y un argelino afincado en Francia que, en distintas épocas, colorearon lo que parecía imposible que tomará tonalidades distintas a la oscuridad.

El primero de ellos fue el desaparecido José Segrelles (1885-1969), que marcó una época en nuestro país. En una curiosa edición de Araluce de 1937, en la que se explicita que los cuentos van destinados a los niños, se nos muestran unas ilustraciones tan espeluznantes como maravillosas. El fabuloso tándem que formaron autor y dibujante hace pensar que hubiera valido la pena que Poe hubiera visto el trabajo de Segrelles. Magnífico en dibujo, extraordinario en color y con una capacidad de visionar las es-



CAROL OWEN, TALES OF MYSTERY AND IMAGINATION, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 1986.



ALFONS GODOY, DESCENS AL MAELSTRÖM I ALTRES RELATS, BARCANOVA, 1986.



XAVIER GRAU, CINCO CONTES, LUMEN, 1984.



HARRY CLARKE, EL GATO NEGRO, ANAYA, 1995

cenar tremenda y admirable. Uno de aquellos ilustradores que puede considerarse intemporal. Fue genial en su momento y lo sería hoy en día si continuara en activo.

Bastantes años después, como a finales de la década de los 80, Javier Serrano visualizó al terrorífico gato negro y a todos los personajes circundantes de la historia. Y lo hizo de forma magistral, aunque inédita en el mercado editorial. Podemos saborear un poco de su trabajo en la introducción de una edición de Vicens-Vives de *El gato negro y otros cuentos*. Al inicio de este trabajo decíamos que Poe había hecho posible, narrativamente hablando, que el tránsito de la cordura a la locura fuera algo inevitable, natural. Pues bien, obsérvese como Javier Serrano nos presenta a ese hombre desquiciado, capaz de vaciarle un ojo al extraño gato y, al mismo tiempo, víctima de una extraña relación de amor y odio con el animal. Así, como si tal cosa, Serrano muestra que los malabarismos literarios también son posibles en cuanto a imagen se refiere.

Y en esta edición en la que podemos saborear esta joya de Serrano, podemos contemplar uno de los trabajos de uno de los magos impresionistas que tenemos en nuestro país. Constantino Gatagán captó y comprendió perfectamente a

Poe en cuanto a lo que debía ser la conversación entre el narrador de *Los crímenes de la calle Morgue* y su amigo Auguste Dupin. Agradecería a los lectores que observaran a los dos caballeros, a esas dos figuras en un momento de perfecta sintonía, y, sobre todo, y esa calle por la que preferiríamos no perdernos.

Por otra parte, Jesús Gabán hizo algo verdaderamente bonito en 1996. De hecho, no es muy sorprendente que este hombre haga cosas bonitas. Casi todos los pedazos de papel que se han sometido a sus manos han acabado por mostrar imágenes que a uno siempre le apetece revisar a menudo. Ilustró los cuentos de Poe con un dominio de la luz y del color admirables. Merece la pena entretenerse en los experimentos cromáticos del artista en *La máscara de la muerte roja*.

Para entendernos, nos cuesta imaginar que Poe pueda ser ilustrado a color hasta que vemos a este quinteto tan excepcional. Y el último de ellos, James Prunier, nos regaló, en 1998, un magnífico trabajo para una edición de diversos cuentos de Poe realizada originalmente en Francia, por Gallimard y en España por SM, repleta de información y documentos gráficos. Este ilustrador nos acercó a un nuevo Poe. La acuarela y el *goauche* decidieron probar suerte en unas historias escalofriantes. En *El pozo*

y *el péndulo* merece la pena recrearse en una ilustración que recuerdan la época oscura de Goya. Prunier es un pintor extraordinario y, cada ilustración es casi como un pequeño lienzo que expresa cada gesto, cada acto remarcable del gran autor Edgar Allan Poe.

Todos los artistas aquí mencionados nos mostraron a un Poe propio. Lo leyeron, lo reconsideraron y lo plasmaron de una determinada manera. Ninguna igual que la otra. Todas distintas y en tiempos distintos. Algunas brillantes, otras no tanto, pero todas especiales, singulares. Y ahí radica la genialidad de los ilustradores. En hacer cosas esencialmente distintas, desde ópticas distintas y que, sin lugar a dudas, van a parar a manos distintas.

Pero si a alguien le apetece juzgar por él mismo el trabajo de estos artistas, sea Doré, Rackham, Gabán o Prunier, les aconsejaría que lo hicieran pero con el ánimo dispuesto a pasar miedo. Si es así, el placer será más elevado. Más exquisito. Tal como procuró Edgar Allan Poe y, sin duda, los artistas que lo sintieron palpar en su propio lapicero. ■

*Núria Obiols i Suari es especialista en LII.

Notas

1. Harthan, J., *The history of the illustrated book*, Londres: Thames and Hudson, 1981, Ltd, p. 251.
2. Domínguez, A., «El hechizo de Arthur Rackham», en *CLIJ*, 21, octubre 1990, pp. 48-53.
3. Carpenter, H. y Prichard, M., *The Oxford Companion to Children's Literature*, Oxford: Oxford University Press, 1984, p. 439.